

Mientras duró la cena estuvo alegre, decidido y aun provocativo, pues había tenido remordimientos, había tenido miedo, y esta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debía apresurarse á borrar.

Sin embargo no contaba con su conciencia, y aquella noche no durmió.

XII

Dos sufrimientos!

Gilberto había apreciado perfectamente la situación, cuando dijo, al hablar del desconocido á quien había sorprendido en los jardines en aquella noche tan fatal para Andrea : ¿ Cómo lo hallarán ?

En efecto, Felipe ignoraba completamente dónde vivía José Bálsamo, conde de Fénix.

Pero se acordó de aquella dama de alta condición, de aquella marquesa de Saverny, á cuya casa había sido transportada Andrea el 31 de mayo para que la socorriesen.

No era una hora tan avanzada que no pudiera presentarse en casa de aquella señora, que vivía en la calle de San Honorato ; así, reprimiendo toda la agitación de su alma y de sus sentidos, subió á aquella casa, y la doncella le dió al instante, sin ningún reparo, las señas de Bálsamo, calle de San Claudio, en e Marais, á donde Felipe se dirigió al punto.

Pero no tocó sin profunda emoción al aldabón de aquella casa sospechosa, donde según sus conjeturas se habían sepultado, para siempre, el reposo y el honor de la pobre Andrea. Sin embargo, apelando con resolución á su voluntad, dominó al punto su indignación y sensibilidad, para conservar intactas todas las fuerzas de que creía tener necesidad.

Llamó pues á la puerta con mano bastante segura, y

según la costumbre de aquella casa, se abrió la referida puerta.

Felipe entró en el patio llevando el caballo de la brida.

Pero apenas había dado cuatro pasos, cuando Fritz salió del vestíbulo, y apareciendo en lo alto de la escalera, le paró con esta pregunta:

— ¿Qué queréis, caballero?

Felipe se estremeció como si tropezase en un obstáculo imprevisto, miró al alemán, y frunciendo el entrecejo como si en aquello no hubiera llenado un deber sencillo de criado, le respondió:

— Quiero hablar al amo de la casa, al conde de Fénix, añadió atando la brida de su caballo á una argolla, y dirigiéndose después á la casa, en la cual entró.

— Mi señor no está en casa, dijo Fritz, aunque dejando pasar á Felipe, con esa urbanidad propia de un criado bien enseñado:

¡ Cosa extraña ! parecía que Felipe lo había previsto todo menos esta sencilla respuesta.

Durante un momento quedó como cortado.

— ¿ Dónde podré hallarle ? preguntó.

— No sé, caballero.

— Sin embargo debéis saberlo.

— Dispensad, mi señor no me da cuenta de sus pasos.

— Sin embargo, amigo, es indispensable que hable á vuestro amo esta misma noche.

— Dudo que sea posible.

— Es indispensable, porque tengo que hablarle de un asunto de la mayor importancia.

Fritz se inclinó sin responder.

— ¿ Conque ha salido ? preguntó Felipe.

— Sí, caballero.

— Pero sin duda volverá.

— No lo creo, caballero.

— ¡ Ah ! ¿ no lo creéis ?

— No.

— Muy bien, dijo Felipe con un asomo de calentura; entretanto, id á decir á vuestro amo...

— Pero tengo el honor de deciros, replicó imperturbablemente Fritz, que mi señor no está en casa.

— Sé lo que valen las órdenes que se dan á los criados, amigo mío, dijo Felipe, y la vuestra es respetable; pero en realidad no es aplicable á mí, cuya visita no podía prever vuestro amo, y que vengo aquí por excepción.

— La orden es para todos, caballero, respondió torpemente Fritz.

— Entonces, supuesto que hay esa orden, es una prueba de que el conde de Fénix está en casa.

— Y bien... ¿ qué ? replicó á esto Fritz principiando á impacientarse por aquella obstinación.

— Que le aguardaré.

— Os repito que mi señor no está en casa; hace algún tiempo se prendió fuego á esta casa, y desde entonces ha quedado inhabitable.

— Sin embargo tú la habitas, dijo torpemente á su vez Felipe.

— La habito en clase de guardián.

Felipe se encogió de hombros, como dando á entender que no creía una palabra de cuanto le decían.

Fritz empezaba á enfadarse.

— Por lo demás, dijo, esté mi señor aquí ó no esté, y ya hallándose presente, ya en su ausencia, nadie está autorizado á entrar en su casa á la fuerza, y si no os conformáis con esta costumbre me voy á ver obligado.....

Fritz se detuvo.

— ¿ Á qué ? preguntó Felipe propasándose.

— Á ponerlos en la calle, respondió Fritz con tranquilidad.

— ¿ Tú ? exclamó Felipe chispeándole los ojos de rabia.

— Yo, contestó Fritz recobrando con el carácter particular á su nación todas las apariencias de sangre fría, á medida que iba aumentándose su ira.

Y dió un paso hacia el joven, quien, exasperado, fuera de sí, echó mano á la espada.

Fritz, sin conmoverse al ver el acero, sin llamar, aunque es verdad que quizá estaría solo, cogió de una panoplia una especie de estaca armada de un hierro de corta dimensión, y arrojándose sobre Felipe á guisa de palista más bien que de floretista, del primer golpe hizo saltar hecho pedazos aquel espadín.

Felipe lanzó un grito de rabia, y arrojándose á su vez hacia el trofeo procuró coger de allí un arma.

En aquel momento se abrió la puerta excusada del pasillo y apareció el conde destacándose del cuadro sombrío.

— ¿ Qué hay, Fritz ? preguntó.

— Nada, señor, contestó el criado bajando la estaca; pero colocándose como una barrera enfrente de su amo, quien, situado como se hallaba en las gradas de la escalera excusada, le llevaba la mitad del cuerpo.

— Señor conde de Fénix, dijo Felipe, ¿ es costumbre en vuestro país que los criados reciban á un caballero estaca en mano, ó es una consigna particular á vuestra noble casa ?

— Detente, Fritz, dijo Bálamo.

Fritz bajó todavía más su estaca, y á una señal que le hizo su amo la puso en un ángulo del vestíbulo.

— ¿ Quién sois, caballero ? preguntó el conde, que

no distinguía bien á Felipe á la luz del velón que alumbraba la antesala.

— Uno que quiere hablaros á toda costa.

— ¿ Qué quiere ?

— Si.

— Esa palabra disculpa á Fritz, caballero, pues yo nunca quiero hablar á nadie, y cuando estoy en mi casa á nadie reconozco con derecho á querer hablarme. Me habéis faltado pues; pero, añadió Bálamo exhalando un suspiro, os lo perdono con tal que os retiréis y no turbéis por más tiempo mi reposo.

— Ciertamente pega muy bien, exclamó Felipe, que pidáis reposo cuando me habéis quitado el mío.

— ¿ Yo os he quitado el reposo ? preguntó el conde.

— ¡ Soy Felipe de Taverney ! gritó el joven, creyendo que este nombre era la mejor respuesta que podía dar á la conciencia del conde.

— ¡ Felipe de Taverney !... Caballero, dijo el conde, he sido bien recibido en casa de vuestro padre, sed pues bien venido á la mía.

— ¡ Ah ! es una gran fortuna ! murmuró Felipe.

— Tened la bondad de seguirme, caballero.

Bálamo cerró la puerta de la escalera excusada, y marchando delante de Felipe, lo llevó al salón donde hemos visto desarrollarse algunas escenas de esta historia, y con especialidad la más reciente de las que allí habían pasado, que fué la de los cinco maestros.

El salón estaba alumbrado como si esperasen á alguien; pero era evidente que sólo lo estaba por una de las costumbres de lujo de la casa.

— ¡ Buenas noches, señor de Taverney ! dijo Bálamo con un tono dulce y apagado que obligó á Felipe á levantar la vista sobre él.

Pero al ver á Bálamo, dió un paso atrás.

En efecto, el conde no era ya más que su sombra;

sus ojos hundidos no tenían ya brillo; sus mejillas, extenuándose, habían encajonado la boca en dos arrugas, y el ángulo facial, desnudo y huesoso, daba á toda su cara la semejanza de una calavera.

Felipe se quedó asombrado, Bálamo miró su asombro, y asomó á sus pálidos labios una sonrisa de mortal tristeza.

— Caballero, dijo, os pido mil perdones por lo que os ha ocurrido con mi criado; pero en realidad, él no hacía más que cumplir con la orden que tenía, y dispensadme que os diga que habéis faltado en querer forzarle á que la infringiera.

— Caballero, dijo Felipe, hay situaciones en la vida, vos lo sabéis, situaciones extremas, y yo me hallaba en una de esas situaciones.

Bálamo nada dijo.

— Quería veros, prosiguió Felipe; quería hablaros, y para penetrar hasta vos hubiera arrostrado hasta la muerte.

Bálamo seguía guardando silencio y parecía aguardar una explicación á las palabras del joven, sin tener la fuerza ni la curiosidad de pedirla.

— Al fin he logrado veros, siguió diciendo Felipe, lo he logrado, y vamos á explicarnos si tenéis á bien; pero primero tened la bondad de mandar que se retire ese hombre.

Y Felipe señalaba con el dedo á Fritz, que acababa de abrir la mampara como para pedir á su amo las últimas órdenes respecto de aquel importuno visitante.

Bálamo clavó en Felipe una mirada con el fin de penetrar sus intenciones; pero como Felipe se encontraba ya en presencia de un hombre igual á él en rango y distinción, había recobrado su calma y su fuerza, y por consiguiente fué impenetrable.

Entonces Bálamo despidió á Fritz con un simple

movimiento de cabeza, ó más bien de cejas, y se quedaron los dos enfrente uno de otro, Felipe dando la espalda á la chimenea, y Bálamo con el codo apoyado en un velador.

— Hablad pronto y con claridad, si gustáis, caballero, dijo Bálamo, porque sólo os escucho por mera condescendencia y os advierto que me cansaré muy luego.

— Hablaré como debo, caballero, y durante el tiempo que tenga por conveniente, dijo Felipe, y supuesto vuestro permiso, voy á comenzar por un interrogatorio.

Al oír esta palabra Bálamo frunció las cejas de un modo tan terrible que de sus ojos se desprendió una chispa eléctrica.

Esa palabra excitaba en él tales recuerdos, que Felipe se hubiera estremecido, si hubiese sabido la revolución que causaba en el fondo del corazón de aquel hombre.

Sin embargo, al cabo de un momento de silencio empleado en recobrar su imperio sobre sí mismo:

— Interrogad, dijo Bálamo.

— Caballero, prosiguió Felipe, jamás me habéis explicado de un modo satisfactorio cómo pasasteis el tiempo durante la famosa noche del 31 de mayo, desde el momento en que sacasteis á mi hermana de entre los moribundos y los muertos de que estaba atestada la plaza de Luis XV.

— ¿Qué queréis decir con eso? preguntó Bálamo.

— Quiero decir, señor conde, que toda vuestra conducta en aquella noche me ha sido sospechosa, y hoy más que nunca.

— ¿Sospechosa?

— Sí, y que según todas las probabilidades ha estado lejos de ser la de un hombre de honor.

— Caballero, dijo Bálamo, no os comprendo; de-

béis observar que mi cabeza está fatigada y débil, y que esta debilidad me causa naturalmente impaciencia.

— ¡Caballero!... exclamó á su vez Felipe irritado del tono altanero á la par que tranquilo de Bálamo.

— Caballero, prosiguió Bálamo con el mismo tono, desde la última vez que tuve el honor de veros, he sufrido una grande desgracia; mi casa se ha quemado en parte, y se han perdido para mí diversos objetos preciosos, preciosísimos, ¿lo entendéis? De ahí resulta que con motivo del pesar que sentí, me ha quedado un tanto debilitada la razón; por consiguiente os ruego que habléis con mucha claridad, ó de lo contrario tendré que despedirme de vos en este momento.

— ¡Oh! no, caballero, dijo Felipe, no os despediréis de mí tan fácilmente como decís; yo respetaré vuestros pesares, si vos os compadecéis de los míos; porque también á mí, caballero, me ha sucedido una desgracia muy grande, mucho mayor que la vuestra.

Bálamo se sonrió con aquella sonrisa desesperada que Felipe había visto ya vagar por sus labios.

— Yo, caballero, prosiguió Felipe, he perdido el honor de mi familia.

— Y bien, caballero, replicó Bálamo, ¿qué puedo hacer yo para remediar esa desgracia?

— ¿Qué podéis hacer? exclamó Felipe con ojos centellantes.

— Sin duda.

— Podéis devolverme lo que he perdido, caballero.

— ¡Ah! vamos, estáis loco, exclamó Bálamo.

Y alargó la mano hacia la campanilla.

Pero con un ademán tan negligente y con tan poca cólera que el brazo de Felipe lo detuvo al punto.

— ¿Yo estar loco? exclamó Felipe con voz ahogada; pero ¿no comprendéis que se trata de mi hermana, de

mi hermana á quien habéis tenido desmayada en vuestros brazos la noche del 31 de mayo; de mi hermana á quien habéis llevado á una casa, según vos honrada, y según yo infame; de mi hermana, en fin, cuyo honor pido con la espada en la mano?

Bálamo se encogió de hombros.

— ¡Dios mío! murmuró, cuántos rodeos para llegar á una cosa tan sencilla.

— ¡Miserable! exclamó Felipe.

— ¡Qué deplorable voz tenéis, caballero! dijo Bálamo con la misma impaciencia triste, me aturdí; vamos, ¿no acabáis de decirme que he insultado á vuestra hermana?

— ¡Sí, menguado!

— He ahí otro grito y otro insulto inútiles, caballero, ¿quién diablos os ha dicho que yo he insultado á vuestra hermana?

Felipe titubeó, porque el tono con que Bálamo pronunció aquellas palabras le llenó de asombro: ó era el colmo de la impudencia, ó el grito de una conciencia pura.

— ¿Quién me lo ha dicho? preguntó el joven.

— Sí.

— Mi misma hermana, caballero.

— Pues bien, caballero, vuestra hermana....

— ¿Qué vais á decir? exclamó Felipe haciendo un gesto amenazador.

— Iba á decir, caballero, que acabo de formar una idea muy triste tanto de vos como de vuestra hermana. ¿Sabéis que es una especulación muy fea la que hacen ciertas mujeres con su deshonor? Sí, vos venís aquí con la amenaza en la boca, como los hermanos barbudos de la comedia italiana, para obligarme con la espada ó á que me case con vuestra hermana, lo cual prueba que tiene mucha necesidad de marido, ó á que

os dé dinero, porque sabéis que hago oro. Pues bien, caballero, os habéis engañado sobre ambos puntos, pues no obtendréis dinero, y vuestra hermana se quedará soltera.

— ¡Entonces os arrancaré la sangre que corre por vuestras venas, si es que tenéis sangre! exclamó Felipe.

— No, ni aun siquiera lograréis eso, caballero.

— ¿Cómo?

— La sangre que tengo la guardo, y si hubiera querido verterla se me ha presentado para ello una ocasión más seria que la que vos me proporcionáis. Así, caballero, hacedme el favor de volveros tranquilamente, y si levantáis la voz, como ese ruido me lastima la cabeza, llamaré á Fritz, quien vendrá, y á una seña mía os hará dos pedazos como si fueseis una caña. Idos.

Lo que es aquella vez Bálamo cogió la campanilla; y como Felipe quisiera impedirselo, abrió un cofre de ébano que estaba sobre el velador y sacó una pistola de dos cañones que amortilló.

— Pues bien; ¡más quiero eso! exclamó Felipe; ¡matadme!

— ¿Y por qué os he de matar?

— Porque me habéis deshonrado.

El joven pronunció estas palabras con tal acento de verdad, que Bálamo lo miró con dulzura diciendo:

— ¿Será posible que obréis de buena fe?

— ¿Y lo dudáis? ¿dudáis de la palabra de un caballero?

— Bien; quiero suponer que la señorita de Taverney es la única que ha concebido una idea tan indigna, que os ha extraviado; y siendo así voy á daros una satisfacción. Os juro, bajo palabra de honor, que la conducta que observé con vuestra hermana la noche

del 31 de mayo es irreprochable; que ni los hombres de bien, ni los tribunales humanos, ni la justicia divina, podrían hallar cosa que fuese contraria al decoro más delicado: ¿me creéis?

— ¡Caballero! dijo el joven admirado.

— Ya sabéis que no temo el desafío, porque esto se conoce en los ojos, ¿no es verdad? En cuanto á mi debilidad no hay que engañarse, pues es aparente: es cierto que tengo poca sangre en el rostro, pero mis músculos nada han perdido de su fuerza. ¿Queréis que os lo pruebe? Mirad.

Y Bálamo levantó con una mano, sin hacer esfuerzo, un enorme vaso de bronce que había sobre un mueble de Boule.

— Pues bien; corriente, caballero, dijo Felipe, os creo en cuanto el 31 de mayo; pero os valéis de un subterfugio, y ponéis vuestra palabra bajo la garantía de un error de fecha. ¡Después habéis vuelto á ver á mi hermana!

Bálamo titubeó á su vez.

— Es verdad que la he vuelto á ver, dijo.

Y su frente, que se había despejado por un momento, se oscureció de un modo terrible.

— ¡Ah! ¡ya lo veis! dijo Felipe.

— ¿Y que prueba contra mí el que haya vuelto á verla?

— Prueba que la sumergisteis en ese sueño inexplicable, cuyos síntomas ha sentido ya tres veces al acercaros á ella, y que abusasteis de aquella insensibilidad para conseguir que vuestro secreto quedase impune.

— ¿Quién ha dicho eso? exclamó á su vez Bálamo

— ¡Mi hermana!

— ¿Y cómo lo sabe, puesto que estaba dormida?

— ¡Ah! ¿conque confesáis que la adormecieron?

— Hago más, caballero, confieso que yo fui quien la adormeció.

— ¿ Vos ?

— Sí.

— ¿ Y con qué objeto sino con el de deshonorarla ?

— ¿ Con qué objeto ? ¡ ay de mí ! dijo Bálamo inclinando la cabeza sobre el pecho.

— ¡ Hablad, hablad !

— Con el objeto, caballero, de hacer que revelase un secreto que para mí valía más que la vida.

— ¡ Oh ! ese es un subterfugio, astucia y nada más !

— Y esa noche fué, continuó Bálamo siguiendo su pensamiento más bien que contestando á las injuriosas palabras de Felipe, esa noche fué cuando vuestra hermana.....

— Ha quedado deshonorada, sí, caballero.

— ¿ Deshonrada ?

— ¡ Mi hermana está en cinta !

Bálamo lanzó un grito.

— ¡ Oh ! es verdad, es verdad ! dijo ; ya me acuerdo ; la he dejado sin despertarla.

— ¡ Confesáis, confesáis ! exclamó Felipe.

— Sí, y durante esa noche terrible... ¡ Oh ! sí, terrible para todos nosotros, caballero, algún infame se ha aprovechado de su sueño.

— ¡ Ah ! ¿ queréis mofaros de mí, caballero ?

— No, lo que quiero es convenceros.

— Difícil será.

— ¿ Dónde se halla vuestra hermana en este momento ?

— En el mismo sitio donde tan bien la habéis descubierto.

— ¿ En Trianón ?

— Sí.

— Voy con vos á Trianón, caballero.

Felipe se quedó inmóvil de asombro.

— He cometido una falta, caballero, dijo Bálamo ; pero estoy puro de todo crimen ; he dejado á esa niña sumergida en el sueño magnético. Y bien, en compensación de esa falta, que es justo me perdonéis, os descubriré el nombre del culpable.

— ¡ Descubridlo, descubridlo !

— Yo no lo conozco, dijo Bálamo.

— ¿ Entonces quién lo conoce ?

— Vestra hermana.

— Pero se niega á decírmelo.

— Á vos tal vez, pero no se negará á decírmelo á mí.

— ¿ Mi hermana ?

— Si vuestra hermana acusa á alguno, ¿ la creeréis ?

— Sí, porque mi hermana es un ángel de pureza.

Bálamo tocó la campanilla.

— Fritz, una carroza, dijo viendo aparecer el alemán.

Felipe se paseaba por el salón como un loco.

— ¿ El culpable ? decía, ¿ prometéis descubrirme el culpable ?

— Caballero, dijo Bálamo, vuestra espada se ha roto en la refriega, ¿ me permitís que os ofrezca otra ?

Y cogió de encima de un sillón una magnífica espada con puño de plata sobredorada que puso á Felipe en el cinturón.

— ¿ Pero y vos ? dijo el joven.

— Yo no tengo necesidad de armas, replicó Bálamo ; mi defensa está en Trianón, mi defensor seréis vos mismo, así que vuestra hermana haya hablado.

Un cuarto de hora después subían á una carroza, y Fritz los conducía por el camino de Versalles al galope de dos excelentes caballos.

XIII

El camino de Trianón

En todas aquellas correrías y explicaciones se había invertido tiempo, de suerte que eran cerca de las dos de la mañana cuando salieron de la calle de San Claudio.

Tardaron una hora y cuarto en llegar á Versalles, y diez minutos en ir á Trianón; de manera que hasta las tres y media no llegaron nuestros dos hombres á su destino.

Durante la segunda parte del camino, el alba iba derramando su rosada tinta sobre los bosques llenos de frescura y las colinas de Sevres, y como si ante sus ojos se alzara lentamente un velo, los estanques de Ville-d'Avray, y los más lejanos de Buc, se fueron iluminando como otros tantos espejos.

Luego, en fin, aparecieron á sus ojos las columnatas y los tejados de Versalles, cubiertos ya por los purpúreos rayos de un sol invisible aun.

De vez en cuando brillaba un vidrio en que se reflejaba un rayo de sol y rasgaba con su luz el color violado de la niebla matinal.

Al llegar al extremo de la calle de árboles que va desde Versalles á Trianón, Felipe mandó parar el carruaje, y dirigiéndose á su compañero que, durante el viaje, había guardado un triste silencio, le dijo:

— Caballero, temo que tengamos que aguardar aquí

algún tiempo, porque hasta las cinco no se abren las puertas de Trianón, y recelo que si quebrantamos la consigna, demos que sospechar á los vigilantes y los guardas.

Bálsamo nada respondió, pero manifestó con un movimiento de cabeza que accedía á su proposición.

— Por otra parte, caballero, prosiguió Felipe, esta tardanza me dará tiempo para manifestaros parte de algunas reflexiones que he hecho durante el viaje.

Bálsamo fijó en Felipe una mirada vaga y llena de fastidio é indiferencia.

— Como gustéis, caballero, dijo Bálsamo, hablad que ya os escucho.

— Me habéis dicho, prosiguió Felipe, que la noche de 31 de mayo dejasteis á mi hermana en casa de la marquesa de Saverny.

— Vos mismo os habéis cerciorado de ello, caballero, dijo Bálsamo; puesto que después hicisteis una visita á esa señora para darle las gracias.

— Habéis añadido también que, desde la casa de aquella señora hasta la nuestra, es decir, hasta la calle Coq-Heron, os había acompañado un criado de las caballerizas del rey, y que por consiguiente no os habéis hallado solo con mi hermana, y yo os he creído bajo vuestra palabra de honor.

— Y habéis hecho bien, caballero.

— Pero, fijando mi pensamiento en circunstancias más recientes, he tenido que decirme que hace un mes, la noche que hallasteis medios para introducirnos en los jardines de Trianón, habéis debido penetrar en su cuarto.

— Jamás he entrado en el cuarto de vuestra hermana en Trianón.

— ¡Escuchad, sin embargo!... Mirad que es pre-

ciso que todo se aclare antes que os presentéis á Andrea.

— Aclarad todo lo que queráis, caballero, porque no deseo otra cosa, puesto que á eso hemos venido.

— Pues bien; esa noche, tened cuidado con vuestra respuesta, porque lo que voy á deciros es positivo, como que lo sé de la boca de mi misma hermana; esa noche, digo, mi hermana se acostó temprano; ¿la sorprendisteis en la cama?

Bálsamo hizo con la cabeza una señal negativa.

— ¡Cuidado con negar! dijo Felipe.

— Yo no niego, caballero; me preguntáis y yo respondo.

— Pues bien: ¡sigo preguntándoos, seguid vos respondiéndome!

Bálsamo no se enfadó, antes al contrario hizo señal á Felipe de que aguardaba sus preguntas.

— Cuando subisteis al cuarto de mi hermana, persiguió Felipe animándose cada vez más, cuando la sorprendisteis, y adormecisteis por vuestro infernal poder, Andrea estaba acostada, leyendo; sintió la invasión de ese entorpecimiento que le causa siempre vuestra presencia, y perdió el conocimiento. Decís que no hicisteis más que preguntarla, solo que, añadís, os marchasteis sin despertarla, y sin embargo, añadió Felipe cogiendo la muñeca de Bálsamo y apretándosela convulsivamente, cuando recobró el conocimiento, á la mañana siguiente, estaba, no en la cama, sino al pie del sofá, medio desnuda... Responded á esta acusación, caballero, y no tergiverséis las cosas.

Durante esta interpelación, Bálsamo, como un hombre que despierta de un sueño, alejaba de sí una á una las negras ideas que oscurecían su mente.

— En verdad, caballero, dijo, que no debíais volver á tocar esta materia, y promoverme una eterna disputa.

He venido aquí por condescendencia y por el interés que me inspiráis, y me parece que se os ha olvidado. Sois joven y oficial, y estáis acostumbrado á hablar alto llevando la mano al pomo de la espada; pero todo eso os hace raciocinar muy mal en circunstancias graves. He hecho en mi casa más de lo que debía para convenceros, y conseguir que me dejaseis tranquilo; pero vos empezáis de nuevo; ¡tened cuidado! porque si me fatigáis, me adormeceré en la profundidad de mis pesares, al lado de los cuales, os juro que los vuestros no son más que pasatiempos, y cuando yo duermo de ese modo, caballero, ¡desgraciado del que me despierta! Lo único que puedo deciros es que no he entrado en el cuarto de vuestra hermana; ella fué quien, por su propio impulso, en el que confieso tenía una gran parte mi voluntad, ha venido á buscarme al jardín.

Felipe hizo un movimiento, pero Bálsamo se contuvo.

— Os he ofrecido probaroslo, siguió diciendo, y os lo probaré. ¿Queréis que sea al instante? Corriente: entremos en Trianón, lo cual es mejor que estar perdiendo el tiempo en cosas inútiles. ¿Preferís que esperemos? Esperemos, pues; pero en silencio y sin alterarse, si os place.

Dicho esto, con el aire que ya conocen nuestros lectores, Bálsamo apagó el brillo fugitivo de su mirada y volvió á sumergirse en su meditación.

Felipe lanzó un rugido sordo como una fiera cuando se dispone á morder; pero cambiando de pronto de actitud y modo de pensar:

— Es preciso, se dijo, persuadir á este hombre ó dominarlo con algún género de superioridad; mas como me faltan medios de dominar ó de persuadir, tengamos paciencia.

Pero no pudiendo tener paciencia al lado de Bál-

samo, saltó del carruaje y se puso á pasear por la verde calle de árboles en que la carroza se había parado.

Al cabo de diez minutos conoció Felipe que le era imposible esperar más tiempo.

Prefirió, pues, hacer que le abrieran la verja antes de la hora señalada á riesgo de excitar sospechas.

— Pero por otra parte, murmuraba Felipe acariando una idea que ya se le había ocurrido varias veces, ¿qué sospechas puede concebir el portero si le digo que la salud de mi hermana me ha alarmado hasta el punto de haber ido á París en busca de un médico y traerlo aquí al amanecer?

Adoptada esta idea, que con el deseo que tenía de ponerla en ejecución había disipado poco á poco todos sus peligros, corrió hacia la carroza.

— Sí, caballero, dijo, tenéis razón; es inútil esperar más tiempo. Venid, venid.

Pero fué preciso que renovase esta advertencia, y entonces solamente fué cuando se desprendió Bálsamo de la capa en que estaba embozado, se abrochó su hopalanda oscura con botones de acero bruñido y salió de la carroza.

Felipe tomó una senda que le condujo á la verja del parque con toda la economía de tiempo que proporcionan las diagonales.

— Andemos de prisa, dijo á Bálsamo.

Y su paso era tan veloz, que á Bálsamo le costaba trabajo seguirle.

La verja se abrió, Felipe habló con el portero, y nuestros dos hombres pasaron.

Cuando la verja se cerró tras ellos, Felipe se paró otra vez.

— Caballero, dijo, permitidme que os diga una palabra. Ya estamos en el último término de nuestro

viaje; no sé las preguntas que vais á hacer á mi hermana, y quisiera que á lo menos le evitarais los pormenores de la horrible escena que pasó estando dormida. Puesto que ha perdido la virginidad del cuerpo, respetad la del alma.

— Caballero, respondió Bálsamo, oid lo que voy á deciros: nunca he entrado en el jardín más allá de esos frondosos bosques que veis allí, frente al edificio en que mora vuestra hermana, y de consiguiente nunca he penetrado en la habitación de la señorita de Taverney, como ya he tenido la honra de deciroslo. En cuanto á la escena que teméis afecte la imaginación de vuestra hermana, sólo os hará efecto á vos y á una persona dormida, en atención á que desde ahora voy á mandar á esa señorita que caiga en el sueño magnético.

Bálsamo hizo alto, se cruzó de brazos, se volvió hacia el pabellón que ocupaba Andrea, y permaneció por un momento inmóvil fruncido el entrecejo y con la expresión de una voluntad omnimoda extendida por su rostro.

— Mirad, dijo dejando caer los brazos, ya debe estar dormida la señorita Andrea.

La fisonomía de Felipe expresó duda.

— ¡ Ah ! ¿ no me creéis ? exclamó Bálsamo ; pues bien, esperad. Para probaros que no tuve necesidad de entrar en su aposento, voy á mandarle, dormida y todo como se halla, que venga á buscarnos al pie de los escalones, en el mismo sitio que le hablé en nuestra última entrevista.

— Corriente, dijo, Felipe ; cuando lo vea lo creeré.

— Acerquémonos á esa calle de árboles, y esperemos detrás de los ojaranzos.

Felipe y Bálsamo fueron á situarse en el paraje designado.

Bálsamo extendió la mano hacia la habitación de Andrea.

Pero apenas se colocó en ésta actitud, oyóse un ligero ruido en los ojaranzos inmediatos.

— Mirad que hay un hombre, dijo Bálsamo, ¡ tengamos cuidado !

— ¿ Dónde ? preguntó Felipe buscando con la vista la persona que le señalaba el conde.

— Allí, en el bosquecillo de la izquierda, contestó éste.

— ¡ Ah ! sí, dijo Felipe, es Gilberto, un joven que sirvió en nuestra casa.

— ¿ Tenéis algo que temer de ese joven ?

— No, ó á lo menos así lo creo ; pero no importa, deteneos, caballero, pues si Gilberto está levantado, pueden estarlo otros también.

Durante este tiempo Gilberto se alejaba espantado, pues al ver juntos á Felipe y Bálsamo comprendió por instinto que estaba perdido.

— Y bien, caballero, preguntó Bálsamo, ¿ á qué os decidís ?

— Caballero, respondió Felipe, experimentando á pesar suyo el encanto magnético que aquel hombre esparcía en torno suyo ; si efectivamente es tan grande vuestro poder que atraéis á mi hermana hasta aquí, manifestad ese poder con una señal cualquiera, pero no traigáis á Andrea á un sitio descubierto como lo es éste, y donde cualquiera que venga podrá oír vuestras preguntas y respuestas.

— Ya era tiempo, dijo Bálsamo cogiendo al joven por el brazo y mostrándole en la ventana del corredor á Andrea blanca y severa, que salía de su cuarto, y, obedeciendo á la orden de Bálsamo, se disponía á bajar la escalera.

— ¡ Detenedla, detenedla ! gritó Felipe fuera de sí y estupefacto á la vez.

— Corriente, dijo Bálsamo.

El conde extendió el brazo en dirección de la señorita de Taverney, quien se paró al punto.

Luego, como la estatua que se encamina al festín del *Convidado de Piedra*, después de hacer un alto de un momento, dió la vuelta y se dirigió á su cuarto.

Felipe se precipitó tras ella y Bálsamo le siguió.

Felipe entró casi al mismo tiempo que Andrea en su cuarto, y cogiendo á la joven en sus brazos, la hizo sentarse.

Algunos instantes después que Felipe, entró Bálsamo y cerró tras sí la puerta.

Pero, á pesar de la rapidez del intervalo que medió entre la entrada de los dos, un tercer personaje había tenido tiempo para deslizarse entre ellos y penetrar en el gabinete de Nicole, donde se había ocultado, conociendo que su vida iba á depender de la conferencia que iba á tener lugar.

Aquel tercer personaje era Gilberto.